

LA JUVENTUD RURAL QUE PERMANECE

Seminario Internacional Virtual
”Juventud rural en Centroamérica y México
El Estado de las investigaciones y el desafío futuro”

Tema 2:
El nuevo entorno del mundo rural
y los requerimientos de investigación en juventud rural

Convocan:
Red Latinoamericana de Investigación en Juventud Rural (Rijur)
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) Guatemala

Apoyan:
Red Latinoamericana de Juventud Rural (Relajur)
Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura-IICA
Octubre de 2003

Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara
Centro Multidisciplinario de Investigación Científica
Universidad Autónoma de Nayarit
Ciudad de la Cultura *Amado Nervo*
63190 Tepic, Nayarit
Tel: 01311- 2118800 ext. 8906
Email: lpacheco@ nayar.uan.mx



LA JUVENTUD RURAL QUE PERMANECE

Lourdes C. Pacheco Ladrón de Guevara

Introducción

Cuando se hace alusión a la juventud rural, y por extensión al campo, a lo agrario, se suele pensar en actividades cuya característica fundamental es la vinculación a los ciclos agrícolas. Esa caracterización, frecuentemente, se piensa desvinculada de otras actividades o al menos, implica una clara diferenciación. Lo rural, pensado alrededor de lo agrícola, aparece como una actividad más o menos homogénea, definida por exclusión de las múltiples actividades incluidas en lo urbano. Los sujetos que portan las actividades rurales, se piensan dependientes, o al menos íntimamente vinculados a los ciclos de producción agrícola.

Abordar la juventud y en especial, centrar el análisis en la juventud rural, presupone analizar la estructura social y en particular, las condiciones de participación social y de desarrollo de la propia juventud rural. Esto es, hacerla visible dentro de una estructura social que la esconde. Ello, porque las características de la juventud rural y los problemas que enfrenta, habla de la forma como la sociedad se organiza. De ahí que el análisis de la juventud rural necesariamente requiera el análisis de la estructura social, la posibilidad de influencia de las generaciones jóvenes en la organización social y las oposiciones ideológicas en cada momento histórico. A su vez, lo rural constituye una construcción social dentro de la oposición campo-ciudad, rural-urbano, dicotomía que asigna valores contrapuestos más que complementarios. Lo rural es explicado a partir de la ciudad como lugar de llegada del desarrollo social y por lo tanto, lo rural es subordinado a las pautas de comportamiento de lo urbano. La definición clásica de lo rural hacía alusión a una estructura social a partir de la tenencia de la tierra, la cual producía una sociedad autárquica, con pautas socioeconómicas y valores propios tendientes a la autorregulación y hasta cierto punto, independiente de los procesos urbanos.

El tema de los jóvenes como sujetos rurales tiene una significación especial para el análisis social, histórico y económico ya que trasciende la mera identificación de sujetos económicos. La diversidad de actividades que se realizan hoy en los ámbitos rurales, incorpora a diversos agentes sociales y procesos económicos cuya característica es su pertenencia económica más allá del agro. Sin embargo, esos procesos económicos ocurren en el amplio mundo de lo rural, espacios en los cuales la producción agraria y esquemas de poblamiento basados en la baja densidad son la base de estilos de vida, culturas, identidades y formas de participación diferentes de las urbanas.

Los procesos de cambio ocurridos en el ámbito rural actúan como factores diferenciadores de la juventud. De ahí que la juventud rural está lejos de constituir una categoría homogénea (Caggiani, 2001). Antes bien, los estudios específicos de los investigadores rurales de América Latina, dan cuenta de la heterogeneidad de las situaciones a que se enfrentan los jóvenes rurales y de las diversas formas de ser joven rural.

Transformaciones rurales y juventud

Después de la Segunda Guerra Mundial se afianzó un modelo de crecimiento económico cuyas premisas fueron la abundancia de recursos naturales, el bajo costo de la mano de obra y el limitado control ambiental. A fines del siglo XX la crisis de los principales postulados del modelo llevó a establecer nuevas formas de organización de los procesos productivos tanto en la agricultura como en la industria. En el ámbito de la agricultura, el paradigma productivista, consolidado como consecuencia del modelo de la postguerra llegó a su agotamiento debido a diversos factores. Entre los más importantes se cuenta una nueva valoración de los recursos naturales, pensados ahora como límites del crecimiento, el surgimiento de una incipiente conciencia sobre el medio ambiente y cambios en el uso de la tecnología aplicada a los procesos productivos agrícolas.

En el modelo de crecimiento de la postguerra, las estrategias de crecimiento de los países latinoamericano originaron diversas transformaciones en el medio rural. En especial, la reducción de las tarifas proteccionistas produjo pérdida de rentabilidad de los cultivos tradicionales, los cuales perdieron capacidad de retener a la población rural. El capital comercial y usurero que aprovechaba las condiciones de desorganización del campo, extraía excedente agrícola vía el acaparamiento y la comercialización. La adquisición de los productos a bajo precio le permitía transferir valor del campo, pero también, a los campesinos les permitía retener un pequeño excedente con el cual podían iniciar el ciclo siguiente (Rubio, 2001).

Las agroindustrias tradicionales impulsaron la elaboración de materias primas de exportación con lo cual ocurrió un proceso de incorporación de diversos productores rurales a la producción de materias primas para la transformación industrial. Ello, convirtió a la agricultura en un sector estratégico, por lo que las políticas públicas correspondientes a ese modelo, tendieron a propiciar el mantenimiento de bajos precios de las materias primas en aras de impulsar la industrialización.

En los últimos veinte años del siglo XX, ocurrió un debilitamiento de las estructuras económicas y sociales rurales lo cual propició un nuevo éxodo del campo. A su vez, la transformación de las empresas agrícolas en agroindustrias estableció nuevos procesos laborales en el campo, caracterizados por la instalación de prácticas fabriles aplicados a la agricultura. Ello produjo mayores niveles de salarización temporal de los pobladores agrícolas y creó nuevas formas de inserción de la mano de obra campesina a los esquemas globales donde el trabajo se organiza a partir de las agroindustrias como los agentes centrales de la economía rural.

Juventud rural y agroindustrias. **Si bien los agentes del agro latinoamericano han sido los productores agrícolas (pequeños propietarios, minifundistas, hacendados, campesinos y otros), actualmente los nuevos agentes del campo son, prioritariamente, las agroindustrias.**

Las estrategias que han seguido las agroindustrias, generalmente de capital estadounidense, para su instalación en diversas zonas de América Latina, han sido múltiples y variadas. Por principio de cuentas, las estrategias para la inserción de las empresas en los diversos países latinoamericanos han partido de las condiciones existentes en cada región, pero a su vez, se han basado en las diferencias interregionales

para obtener mejores beneficios. En unos casos, rentaron tierras a campesinos y pequeños productores, en otros, financiaron la producción en un proceso de habilitación a productores rurales. También, habilitaron productores durante las épocas de mayor demanda estadounidense para obtener una mejor colocación de la producción. Su instalación en diversas regiones del continente les otorga la ventaja de producir bienes agrícolas de acuerdo a la demanda del mercado norteamericano, y así, obtener mayores ganancias.

Los jóvenes rurales son herederos del campo latinoamericano, en gran parte, diseñado por las empresas agrícolas hoy convertidas en agronegocios. Mientras que los jóvenes rurales se socializan en ambientes familiares, comunitarios y escolares, las agroempresas tienen un patrón de movilidad en extensas regiones de México, Centroamérica y Sudamérica que les permite obtener ventajas de los diversos países. Por ejemplo, una vez que las empresas operan en un campo determinado, inician el traslado de las operaciones a otra región donde el cultivo es de reciente introducción. De esa manera, las empresas evitan el costo del agotamiento de la tierra, ya que se ubican en suelos que no han sido sometidos al cultivo intensivo de tales productos, cuentan con reservas de agua y, en general, aprovechan condiciones fitosanitarias saludables (frutas, hortalizas, tabaco, productos de exportación).

Las agroindustrias agotan la fertilidad del suelo y empobrecen a los pobladores de las regiones donde se instalan. Lejos de cubrir los daños ocasionados, se caracterizan por no cubrir costos relacionados con el medio ambiente, lo cual contribuye al empobrecimiento regional (González, 2001). En relación con los costos no pagados por las empresas, en relación con el medio ambiente, se identifican los siguientes:

La pérdida de productividad de los suelos, lo cual tiene su origen en la implantación de monocultivos en sustitución de los multicultivos realizados por los campesinos latinoamericanos. En efecto, la agricultura tradicional campesina de amplias zonas de Mesoamérica y la zona incaica, se caracterizaba por la combinación de diversos cultivos en una misma parcela, y la rotación anual, lo cual tendía a satisfacer las diversas necesidades de productos agrícolas y, al mismo tiempo, impedía el agotamiento de los suelos debido a que los nutrientes requeridos por un cultivo eran fijados por otro. Sin embargo, las agroempresas, obedeciendo criterios de optimización de ganancia, introdujeron los monocultivos debido a que la inversión en tecnología requería grandes extensiones y a que la producción de un cultivo, en gran escala, permite mayores oportunidades de comercialización durante todo el año.

El aumento de plagas y enfermedades, debido a dos razones. La primera tiene que ver con el establecimiento de monocultivos durante ciclos continuos, lo cual propicia la multiplicación de enfermedades y plagas. La segunda se refiere a la introducción de semillas y plantas con mejoramiento genético, las cuales, al no ser endémicas, tienen menor resistencia a las plagas y enfermedades. En ambos casos, aumenta el uso de agroquímicos, en especial, de fumigantes cada vez más efectivos para control de enfermedades y plagas. Ello, además, encarece los costos de producción.

El agotamiento del agua de uso agrícola ocasionado tanto por el abatimiento de los mantos freáticos como por la contaminación de las aguas de los ríos y lagunas. Lo primero tiene que ver con la necesidad creciente de agua para riego, característica de los cultivos de exportación, práctica que ha disminuido los niveles estáticos de agua. Lo segundo, se refiere a la contaminación de las aguas superficiales por las formas de aplicación y desecho de agroquímicos.

La salud de los pobladores del campo, y en especial de los jóvenes rurales. El contacto permanente con agroquímicos, sin la protección necesaria y sin la información suficiente, ocasiona diversos daños a la salud en las diferentes generaciones de jóvenes en América Latina. Son los jóvenes rurales quienes, de forma mayoritaria, aplican los agroquímicos en condiciones desventajosas: envases escritos en inglés, ausencia de equipo especializado, agroquímicos intercambiados al menudeo, almacenaje en casas habitación, etc. A ello deben agregarse las precarias condiciones de salud de los jóvenes rurales.

No parece posible, a corto plazo, que las políticas de los gobiernos latinoamericanos estén dispuestas a cuestionar la estancia de las agroindustrias en el campo. Por el contrario, lo que se observa son posturas públicas tendientes a incrementar la inversión de las agroindustrias en el campo latinoamericano. Lo único probable es el intento, por parte de algunos países, por lograr un mayor cumplimiento de la normatividad internacional en cuanto al uso y aplicación de agroquímicos. Sin embargo, esos intentos no se convierten en condiciones para la instalación de agroindustrias en los diversos países. ¿Por qué las agroindustrias no son sustentables? Básicamente porque incorporar la sustentabilidad se convierte en aumento de costos para las empresas. De ahí que los negocios agrícolas degraden el campo latinoamericano, en especial afecten la salud de los habitantes y en particular, tengan efectos desastrosos en la niñez y la juventud rurales. ¿Cómo pueden las agroindustrias no ser sustentables? Debido a su movilidad en el territorio latinoamericano y a la falta de controles por parte de los gobiernos de la región. Los gobiernos ven en las agroindustrias una de las pocas posibilidades de incrementar el empleo agrícola.

Juventud rural y políticas agrícolas. **Las políticas agrícolas afectan directamente a la juventud rural. No se trata de las políticas dirigidas hacia la juventud en tanto sector de la población, sino de políticas encaminadas a sostener e impulsar la producción agrícola. Pero las políticas agrícolas no parten de los pobladores, de sus necesidades y expectativas, sino que tienen como meta la inserción de la producción agropecuaria en el mercado internacional, sistema de producción y consumo que opera a escala mundial (Radilla, 2001). El esquema privilegia la producción para la exportación y desestima la resolución de la demanda interna.**

A partir de la firma del Tratado del Libre Comercio de América del Norte, México, Estados Unidos y Canadá (TLCAN) se acordó la liberalización del maíz y el frijol en un plazo de 15 años a partir de 1994. Sin embargo, en la práctica, los acuerdos comerciales se han convertido en desventajas para los productores mexicanos ya que las condiciones de producción en los tres países son desiguales. Mientras que la productividad de maíz en México en 1999 fue de 2.2 toneladas por hectárea, en Estados Unidos era de 8.2 ton./hectárea. En cuanto el frijol, la productividad en México fue de 767 kilogramos por hectárea, en tanto que la de EU era más del doble: 1,855 kilogramos por hectárea (Rubio, 2001). En esas condiciones se desestimula la producción de granos básicos, lo que incide en la juventud rural ya que los campos son prácticamente abandonados, y con ello, una forma cultural de relacionarse con la tierra.

El precio que adquieren los productos agrícolas en el mercado internacional, lejos de estar determinado por la productividad de las peores tierras o de las más alejadas, pero necesarias para abastecer el mercado mundial, está determinado por el precio medio

internacional que imponen las agroindustrias alimentarias. Esa distorsión se debe, en primer lugar, a los subsidios que los gobiernos de los países europeos y norteamericano otorgan a sus productores. En 1997 la Unión Europea otorgaba 526 dólares de subsidio por hectárea; los Estados Unidos, 59 y México 26 (Pineda, 2000).

Esas políticas han insertado la producción agropecuaria en el sistema internacional pero ha tenido efectos desastrosos en la población rural. El Estado ha abandonado su papel de regulador de la producción, distribución y consumo agropecuario (Cortés, 2001), en su lugar, ha establecido políticas que lejos de tender hacia el impulso y reactivación de las unidades de producción campesinas, se limitan a atender compensatoriamente a grupos focalizados. En estas acciones el principal beneficiario es el propio Estado, ya que al final de cuentas, evita estallidos sociales.

En Mesoamérica, los cultivos de maíz, frijol, calabaza y chile dieron origen a altas culturas como la olmeca, tolteca, mexicana, maya, purépecha y otras, de las cuales, los jóvenes rurales hoy, son sucesores. La interpretación del mundo, la cosmogonía, los ciclos del tiempo, la ubicación en el espacio, estuvo signado por los elementos desarrollados a través del largo aprendizaje obtenido en el proceso de producción de especies y entre ellas, la producción de la propia cultura como una forma específica de producción. Ello posibilitó la formación de la cultura y la asignación de significados para la sobrevivencia tanto del grupo cultural como de la naturaleza. Sembrar maíz o frijol no era, solamente, obtener productos para vivir, era ante todo, la contribución de los humanos en la reproducción del ciclo de la vida. En esa tarea, los hombres contribuían con los dioses en la tarea permanente de mantener el cosmos.

Esa mentalidad permanece hoy en la simbología de la población rural. Todavía la actual generación de jóvenes rurales, comparte con sus antepasados, la forma de ver el mundo y de entender la relación con la naturaleza. Sin embargo, las políticas agrícolas, centradas en la productividad económica, se plantean a espaldas del significado cultural e histórico que genera el cultivo de la tierra.

Juventud rural y trabajo. Al trabajo se le ha asignado la función de construcción de significados para los individuos y los grupos. En los estudios sociológicos, la ocupación, el lugar en el trabajo, definirá identidades. Se convertirá en la variable independiente para elaborar opiniones, comportamientos, tendencias religiosas, participación política, preferencias electorales, formas de consumo, estilos de disfrute de tiempo libre, prácticas culturales, subjetividades, etc. El trabajo se ha convertido en la forma ética de ser adulto, de estar integrado a la sociedad. Es un fin en sí mismo, dado que es la expresión del ser productivo.

El trabajo, como un fin social, otorga identidad a los varones, Por extensión, el trabajo otorga identidad a las esposas, hijas, madres, de los varones trabajadores. En la juventud rural se observa un contacto más temprano de los jóvenes varones con el mundo del trabajo. La edad de entrada al trabajo es menor en las economías campesinas y de organización comunitaria y mayor en contextos de economías agrarias capitalistas. El proceso es diferencial para varones que para mujeres. Mientras que las economías rurales tienen mayores posibilidades de emplear a los varones en tareas rutinarias y descalificadas, las mujeres se ven excluidas de los procesos agrícolas tradicionales, por

lo que se ha observado una fuerte emigración (de jóvenes rurales mujeres) a las localidades urbanas donde pueden insertarse en los mercados laborales, en especial, en el trabajo doméstico.

Sin embargo, el proceso de instalación de formas fabriles en el campo agrícola ha descubierto a las mujeres jóvenes como mano de obra barata, cuya flexibilidad les permite insertarse en esquemas de maquilización dentro del campo. La desocupación de las jóvenes rurales no las convierte en desempleadas, sino que las devuelve al ámbito de los quehaceres del hogar.

Cada vez más, disminuye la importancia de la posesión de la tierra como factor definitorio de relaciones labores en el campo. Por lo que las antiguas clases del mundo rural, estructuradas a partir de la tenencia de la tierra, han perdido posibilidad de direccionalizar los procesos de producción que ocurren en el campo y, por consiguiente, han perdido posibilidad de control de las relaciones sociales.

Actualmente, el campo latinoamericano es el lugar donde convergen formas diversas de trabajo y de organización laboral. Además de la presencia de las agroindustrias, las unidades campesinas tiene, al menos, las siguientes características: 1) sistemas de producción agropecuarios con baja utilización de insumos y tecnología, 2) diversificación de las actividades económicas, vinculadas o no a las actividades agropecuarias; 3) minimización de la superficie agrícola; 4) deterioro creciente del medio ambiente: contaminación de suelos, ríos y aguas; 5) agotamiento de los recursos hídricos; 6) desvalorización de la mano de obra del campo; 7) ínfimo valor de cambio de los productos agrícolas; 8) intermediarios en los canales de comercialización; 9) carencia de organización social para la producción; 10) falta de políticas que potencialicen el desarrollo agropecuario.

Juventud rural y familia. La familia continúa siendo el principal agente de socialización de los jóvenes rurales aún cuando se haya ampliado la cobertura de los servicios educativos y extendido la influencia de los medios de comunicación. Aún cuando todavía los jóvenes rurales tienden a constituir su pareja más temprano, las edades de constitución de nuevas familias tienden a homogeneizarse con sectores marginados de la juventud urbana. La característica actual de las familias rurales puede ubicarse en el tránsito de una familia de producción y consumo a una familia de consumo.

La familia campesina y por extensión, el hogar rural, era el espacio donde los diversos miembros aportaban trabajo para el sostenimiento comunitario (Pacheco, 2002). Actualmente, la extensión de los hábitos de consumo urbano requiere que los miembros de la familia sean capaces de obtener dinero para adquirir los productos del mercado urbano y, también, adquirir los productos agrícolas que se han dejado de producir en sus localidades. De ahí que la familia rural haya perdido centralidad en el establecimiento de normas de conducta y valoraciones cuyo centro era la sobrevivencia de la familia como un esfuerzo de la colectividad. Aún más, la familia se encuentra en la encrucijada de asegurar la sobrevivencia como grupo social y la necesidad de asegurar la posibilidad de éxito a algunos de sus miembros en un proceso de selección y diferenciación. A su vez, el productor tiene que escoger entre continuar laborando en cultivos cargados de tradición e historia, a partir de los cuales se generó una cultura específica sobre un

territorio, y la necesidad de lograr competitividad en los mercados locales e internacionales.

Así, la familia donde se socializan los jóvenes rurales es una combinación de actividades agrícolas y no agrícolas. Tanto lo agrícola como lo no agrícola puede ser realizado en la comunidad o fuera de ella. Lo agrícola se realiza en otros campos de cultivo o en otros países, con diversos niveles de intensidad tecnológica. Y, a su vez, lo no agrícola, se realiza en la misma comunidad. La ciudad ha extendido, al campo, sus formas organizativas y procesos de producción sin que las relaciones sociales cambien consecuentemente. Si la estrategia de reproducción depende de la capacidad de autoabastecimiento y en la estructura de la familia como unidad de producción, consumo y trabajo asalariado (Palerm, 1982), la familia campesina puede convertirse en la forma de organización productiva, simplemente, porque ya lo es.

Juventud rural y educación. La educación que se imparte a la juventud rural es un factor de desigualación. Los ideales liberales con que se fundaron los Estados Latinoamericanos extendieron los programas educativos como elementos de homogeneización y construcción de culturas nacionales en los diversos territorios nacionales. Los contenidos educativos de los estados liberales tenían como premisa la igualdad de los destinatarios de la educación por lo que las curriculas eran similares para la niñez y juventud en todo el territorio de los países. Sin embargo, los modelos de vida y de trabajo se referían a los ámbitos urbanos. El Estado liberal era incapaz de garantizar la distribución de igualdad de condiciones, oportunidades de acceso a la educación y al mercado de trabajo, para los jóvenes.

La falacia de la igualdad de los sujetos trajo como consecuencia el impacto desigualador de la juventud en los casos de la juventud rural e indígena. Ello, porque los jóvenes de las comunidades rurales e indias carecían de posibilidades reales de transitar por el sistema educativo y arribar a la educación universitaria que los convertiría en profesionistas liberales. Por el contrario, la educación impartida a los jóvenes rurales fue de escasa cobertura, carente de la infraestructura mínima para llevar a cabo el cumplimiento de los programas escolares y sobre todo, se impartía de espaldas a los saberes producidos por las comunidades campesinas. Saberes y experiencia acumulada por las generaciones de campesinos y que eran necesarios para la sobrevivencia, producción y reproducción del ámbito agrícola.

La escuela, entonces, impidió que los jóvenes rurales fueran los depositarios de los conocimientos, saberes y experiencias de las generaciones anteriores y, al mismo tiempo, fue incapaz de proporcionarles nuevas habilidades y capacidades para incorporarse al mercado laboral urbano. Desaprendieron lo propio para incorporar conocimientos inútiles para el ámbito rural. Conocimientos que, a su vez, los colocaba en desventaja en el ámbito urbano.

En cuanto a la relación educación-trabajo se partía del supuesto de que la educación era anterior al trabajo. Ese postulado desconocía la simultaneidad de las labores en los ámbitos rurales. De ahí la contradicción entre los contenidos educativos cada vez más obsoletos y lejanos y la práctica agrícola laboral. La educación, discursiva en sí misma, ha sido incapaz de plantearse como una reflexión a partir de la práctica.

Juventud rural y migraciones

De acuerdo con la CEPAL (2000), el 60% de los jóvenes del campo latinoamericano migra hacia las ciudades ante la imposibilidad de encontrar forma de subsistir. La migración de los jóvenes rurales está lejos de ser sólo un mecanismo de obtención de dinero para la sobrevivencia personal. Es, fundamentalmente, un factor que permite la existencia de lo rural. En primer lugar, la migración de los jóvenes rurales dentro de campos agrícolas, su conversión en jornaleros temporales, asegura la mano de obra en las etapas donde los cultivos requieren intensificar el uso de ella. En segundo lugar, la migración hacia zonas urbanas donde los jóvenes se insertan en los empleos más bajos del mercado laboral y peor remunerados, tiene por efecto, garantizar una mano de obra barata con la cual cuentan las economías urbanas. En tercer lugar, la migración de las jóvenes mujeres hacia las localidades urbanas, permite asegurar la existencia de trabajadoras para empleos intensivos de trabajo y de escasa remuneración. En cuarto lugar, la migración de los jóvenes, hombres y mujeres, fuera de las fronteras nacionales, en especial hacia los países de mayor desarrollo y en particular, hacia los Estados Unidos, garantiza el envío de remesas hacia las localidades rurales, con las cuales, el mundo rural es capaz de sobrevivir.

A través de la migración, los jóvenes rurales no sólo obtienen dinero, una manera de sobrevivir, sino que, por el contrario, el tránsito desde lugares rurales a otros lugares rurales de mayor desarrollo, o hacia centros urbanos dentro o fuera del país, los convierte en migrantes de estructuras sociales homogéneas a estructuras sociales diferentes. Es ese paso el que convierte a las migraciones en una fuente de expectativas y comparaciones entre formas de vida diferentes. Transitan desde el desencanto del campo mexicano y latinoamericano al espejismo de la vida posible en los lugares de llegada, en especial, en los Estados Unidos.

El éxodo de jóvenes rurales del campo se convierte, en un gran número de casos, en una migración sin retorno. Ello, rompe la cadena de transmisión de conocimientos entre las distintas generaciones. Altera la forma de conservar los conocimientos adquiridos por generaciones, pero sobre todo, cancela la posibilidad de desarrollar alternativas desde la propia visión de los jóvenes rurales, como herederos de las generaciones anteriores.

Juventud rural y participación.

Los jóvenes rurales carecen de lugares desde los cuales constituirse y autoreconocerse como grupo social. Esa característica los coloca en desventaja respecto de los diversos agentes sociales que interactúan con ellos: trátese de políticas públicas, Ong's, iglesias, partidos políticos, medios de comunicación, etc., Su paso por la escuela es tan efímero que no les permite autoreconocerse como grupo. Una vez pasada la etapa escolar, las rutas de trabajo son insuficientes para otorgarles nuevas posibilidades de constitución como agentes sociales específicos. Los trabajos a los que accede la juventud rural son temporales, fragmentarios, diversos y distantes geográficamente, lo que imposibilita el autoreconocimiento e identificación.

Además, los jóvenes rurales se encuentran marginados de la toma de decisiones que les afecta, en especial sobre políticas enfocadas al sector juvenil. Ello ocurre porque son agentes externos quienes deciden qué instaurar y cómo en base a modelos de desarrollo

que no toman en cuenta la posibilidad del campo de contener su propio modelo de desarrollo.

Conclusiones ¿exclusión o posicionamiento?

La nueva fase del campo latinoamericano está signada por la exclusión. Las agroindustrias no permiten la reproducción de los explotados, sino que por el contrario, los excluye. El capital financiero no es capaz de reproducir lo rural. Para ello, los agronegocios presionan sobre el precio interno de los productos mediante la importación de insumos extranjeros, sustituyen la producción interna por la importación, aprovechan los subsidios a la comercialización y elevan el precio del producto final, pero sobre todo, desvaloran a los productores rurales, su cultura, su forma de vida. Expande la visión de los campesinos no como el grupo social capaz de portar una forma de vida basada en los procesos de la tierra y sus productos, sino como el lastre del cual debe deshacerse la sociedad urbana global moderna. Con ello anulan la posibilidad de alternativas de sociedad rural basada en los propios productores rurales.

Las políticas establecidas por los Estados latinoamericanos han profundizado, aún más, la desigualdad existente en el campo. Por una parte, empresas organizadas a partir de la lógica mercantil de alta capitalización, uso de tecnología de punta en diversas etapas de la producción, disposición de tierras de buena calidad, posibilidad de inversión en infraestructura, uso de insumos agroquímicos, incorporación de maquinaria y energía en gran escala, búsqueda de la mayor rentabilidad en el menor plazo posible, informatizadas, venta en el mercado internacional, y por la otra, la existencia de millones de unidades de producción campesina minifundista, con tecnología tradicional, altamente vulnerables a los cambios climatológicos, con producción destinada al autoconsumo y a los mercados locales. Las estrategias que cada una de ellas tiene a su alcance para posicionarse en la producción agropecuaria son diametralmente opuestas.

Aparte del dominio económico sobre los campesinos latinoamericanos mediante una explotación extrema y expoliación del excedente como no se había visto en épocas anteriores, (con lo cual ha logrado abaratar las materias primas y el valor de la mano de obra a nivel mundial), el triunfo del capital financiero en el campo se ha afianzado al etiquetar a los campesinos como un sector inepto, atrasado, primitivo, premoderno, oscurantista, inútil.

Pero los productores rurales siguen produciendo bajo forma sumamente desventajosa. Si las agroindustrias los explotan económicamente y los denigran socialmente anulando su sentido histórico, ¿cuál es el sentido de la ruralidad hoy? En las condiciones actuales, los campesinos latinoamericanos no han recibido, ni recibirán, apoyos que los capitalicen o modernicen, apoyos que les permitan rescatar la cultura agrícola específica como una posibilidad de existir, posicionarse en el mundo y desarrollar alternativas de vida. En ese sentido, debieran impulsarse líneas de investigación a fin de revalorar las ventajas de los cultivos tradicionales y aumentar su precio internacional, no desde los parámetros ciegos de la economía liberal, sino a partir de un valor cultural agregado. Considerar, dentro de las políticas, las oportunidades y retos que la globalización impone en tanto nichos de mercado para productos culturalmente producidos, además de encajar en un mercado de productos ecológicos.

¿Cuál es el papel de la juventud rural? ¿Quiénes son los sujetos de la ruralidad? Sin duda, deben ser los jóvenes rurales como generación capaz de articular la memoria, los saberes, la cultura de las generaciones anteriores, en aras de una nueva construcción social basada en la dignidad como seres humanos. Para ello, es necesario algo más que deseos. Se requiere avanzar en el establecimiento de objetivos productivos, económicos, sociales y culturales que permita construir espacios alternativos frente a los procesos excluyentes de la agricultura neoliberal.

La globalización neoliberal deconstruye las identidades de los jóvenes rurales vinculada a la tierra, a sus ciclos, a sus procesos. En su lugar establece una nueva etiqueta: la exclusión. Los nuevos espacios laborales silencian a los seres humanos y sus reivindicaciones ¿Podrán los jóvenes rurales construir un nuevo lugar de llegada para lo rural? ¿Podremos, entre todos, imaginarnos nuevas relaciones sociales? Lo rural les pertenece.

Bibliografía

Caggiani, María E. 2001. "Heterogeneidades en la condición juvenil rural", en Memoria del *XXIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS)*, Asociación Latinoamericana de Sociología, Guatemala.

Castellanos, Antonio. 2000. "Cepal: el modelo neoliberal no ha detenido la pobreza. Hará una propuesta para orientar la economía latinoamericana" en *La Jornada*, México 3 abril

Cortés, Carlos. 2001. "Ajuste estructural y reproducción social en el campo mexicano" en Memoria del *XXIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS)*, Asociación Latinoamericana de Sociología, Guatemala.

González, Humberto. 2001. La sustentabilidad en la agricultura de exportación de México. La producción de frutas y hortalizas, en Memoria del *XXIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS)*, Asociación Latinoamericana de Sociología, Guatemala.

Palerm, A. 1982. "Articulación Campesinado Capitalismo: Sobre la Fórmula M-D-M", en *Antropología y Marxismo*, CIS-INAH-Nueva Imagen, México.

Pacheco, Lourdes. 2002. "Juventudes rurales en México", en *Jóvenes Mexicanos del Siglo XXI. Encuesta Nacional de la Juventud*, Instituto de Investigaciones de Juventud. CIEJUV, México pp 416-452

Pineda Osaya, José. 2000. "Estructura del mercado mundial alimentario y participación de los países de salarios reducidos." Ponencia presentada al *XX Seminario Internacional de Economía Agrícola del Tercer Mundo*, Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, México

Radilla Martínez, Andrea. 2001. "Repensar la producción agrícola tradicional para las condiciones de un mercado global", en Memoria del *XXIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS)*, Asociación Latinoamericana de Sociología, Guatemala.

Rubio, Blanca. 2001. "La subordinación excluyente sobre los productores rurales en México. 1990-2000", en Memoria del *XXIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS)*, Asociación Latinoamericana de Sociología, Guatemala.